

Alejandro Palomas

Quiero
Poesía reunida (2012-2018)

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 83

Director de colección: Jacobo Cortines
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: septiembre, 2018

© Alejandro Palomas, 2018
© Fundación José Manuel Lara, 2018
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y cubierta: Estudio Manuel Ortiz
Ilustración de cubierta: Randomagus Collages, *In Different Conditions*
Foto del autor: Xavier Torres-Bacchetta
Maquetación: milhojas. servicios editoriales

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1206-2018
ISBN: 978-84-15673-99-6
Printed in Spain-Impreso en España

Para Rulfo,
mi perro blanco.
In memoriam



QUERER, DICE

Quiero es la suma de los tres poemarios que he escrito durante estos últimos años más el cuarto y último, que es además el que da título al libro y que he dado por concluido hace unos días durante un vuelo Barcelona-Bogotá. Todos han ido apareciendo entre novelas, colándose entre *Una madre*, *Un hijo*, *Un perro* y ahora *Un amor*, quizá porque al Alejandro novelista le hace falta respirar con el aire de este otro, un aire más íntimo, más directo, menos elaborado. La del poeta es una voz distinta, tiene un color distinto, aunque su música se asemeja mucho a la del narrador. Desde siempre he entendido la poesía como un *continuum*, no como un conjunto de poemas que pueden girar –o no– en torno a un tema, a un motivo o a una figura en concreto. Eso explica que aborde los poemarios –su escritura– como lo haría con una obra de ficción: hay un principio y un final, pero las partes forman un todo que no puede desgranarse. No son independientes ni divisibles. Se alimentan unas de otras en forma y fondo y están escritas para leerse en silencio, para no compartirse con ningún otro ruido que no sea el de la propia voz resonando en la cabeza de quien las recrea desde el vacío interior.

Este poemario es el reflejo de una evolución personal y también de un cambio en el planteamiento de mi mirada sobre la escritura. Sé y entiendo (hablo de entender con el plexo, no con la cabeza) que, ya cumplidos los cincuenta, viviré menos de lo que

he vivido y eso, aunque parezca obvio, cambia muchas cosas: cambia los plazos, cambia la elasticidad emocional, los tempos y los tiempos y sobre todo cambia las prioridades. Durante la primera mitad de mi vida me he dedicado a desbrozarme para encontrar respuestas que debían ayudarme a entenderme y a sobrevivir, no necesariamente en ese orden. Han sido largos años muy duros, años de lucha interna y observación constante. He sido un hombre interior. Ha habido tensión, una búsqueda sin cuartel de los caminos que debían ayudarme a identificar las voces que me habitaban y que no eran mías, que no nacían en mí pero que se imponían a las innatas, arrasándolas. Décadas dedicadas a cazar los «no quiero» y a convivir con ellos como convive el niño que tiene miedo, intentado saber qué no, por qué no, para qué no, desde dónde no. Vivimos gran parte de nuestra vida reconociendo lo que no forma parte de lo que somos ni de quién somos, lo adherido, lo ajeno, defendiéndonos de ello, en sombras. Durante años nos habitamos a medias, sobreviviendo con el poso que la infancia nos deja, apuntando despacio a la madurez. Entonces, tras mucho trabajo, llega un día en que la luz es distinta: la vida parece estar dentro, ser parte y no anexo o un efecto colateral del pasado. De pronto, estamos de pie en el presente y sabemos que ya no hay más «no quiero», que el niño está situado en lo que fue y que a partir de ese momento somos dueños de una voz que se atreve a creer que las palabras cuentan casi tanto como la voz y que desear es también real y –sobre todo– merecido.

Quiero es un pequeño viaje por el despertar a la segunda vida de un hombre que no tuvo una infancia entera y al que ahora, cumplidos los cincuenta, el tiempo le ha dado un respiro. La voz es mayor, el tiempo es parte de todo e importa poco y la soledad sienta bien. Ya no hay tensión sino alivio y la comunicación entre el plexo y el cerebro es fácil, armónica.

«Pensar es decir sin querer», dice la voz. Eso es la madurez: decir sin querer, sin temor a que lo que no es estropee y desvir-

túe lo que es. Eso es la poesía después de los cincuenta, porque los «noes» se gastaron de tanto usarlos y porque el poeta quiere oírse cantar y contar aunque no le escuche nadie más, aunque solo quede eco y al fondo, entre las sombras, se adivine la silueta del niño que por fin asoma a curiosear sin miedo, más entero.

Más niño.

Barcelona, 7 de mayo de 2018